

# Keith Jarrett: el arte de la transfiguración

Pablo Espinosa

Transfiguración. El arte de la metamorfosis. Repentismo mágico.

El maestro Keith Jarrett celebra cuatro décadas de haber inventado el arte de la improvisación pianística como una de las bellas artes.

“Soy un improvisador”, declara. Aunque el término “improvisar”, frente a las catedrales que suele construir cuando se sienta frente al piano, resulta minúsculo.

Habría que inventar una palabra que respondiera a los prodigios de su varia invención.

La improvisación es el alma del jazz. Pero también hay que decir que Keith Jarrett ha trascendido el territorio de la síncopa y con la complicidad de su alma gemela, el músico y productor alemán Manfred Eicher, ha creado una música que no tiene nombre pero sí genealogía.

De manera que también habría que crear una palabra que sustituyera al vocablo “jazz” cuando hablemos de Keith Jarrett.

Lo interesante de todo esto es que el músico de Pennsylvania no renuncia ni a uno ni otro: se declara tan improvisador como músico de jazz.

Todo lo vertido hasta el momento en esta página está contenido en *Somewhere*, el disco con el cual Keith Jarrett celebra 30 años de haber creado su trío de jazz, con los maestros Gary Peacock en contrabajo y Jack DeJohnette en batería.

En el *track* cuatro de ese álbum supremo están los elementos de la improvisación jazzística digamos ortodoxa y al mismo tiempo podemos disfrutar ahí los prodigios de repentismo, transfiguración, el arte de la metamorfosis que ha creado Keith Jarrett.

También amarida las vertientes que ha decantado en las recientes cuatro décadas de manera fascinante: las improvisaciones de larga duración a piano solo, cuya

piedra filosofal es el disco legendario *The Köln Concert*, y su también ya larga serie de grabaciones con su trío de jazz, la mayor parte de ellos con la práctica tradicional denominada *standard* y que consiste en construir improvisaciones jazzísticas a partir de temas conocidos o muy populares.

El referido *track* cuatro del álbum *Somewhere* conjuga dos composiciones, con el propósito de lograr este efecto de mezcla entre la improvisación pianística de larga duración a piano solo y la realización de *standards*.

Las dos obras que toma Jarrett como punto de partida son: la que da título al disco entero: *Somewhere*, episodio de *West Side Story*, de Leonard Bernstein (1918-1990), que se transfigurará en la segunda pieza clave: *Everywhere*, composición del propio Keith Jarrett.

Un acorde transparente, a la manera de las tríadas que conforman el efecto *tintinnabuli*, que inventó Arvo Pärt, inicia el *track* cuarto, que durará 19 minutos y se convertirá en otro de los parámetros para dimensionar el genio y trascendencia de uno de los músicos definitivos de la historia de la música nueva: Keith Jarrett.

Ese primer acorde se tiende sobre un *flos campi* para iniciar su lenta, inexorable transfiguración: las escobillas acarician los platillos y al suspiro que nace de los bordes metálicos frotados ahora con las baquetas de madera se une el ronco gemir del contrabajo. Es el momento en que el acorde cobra forma distinguible.

*In crescendo*, piano-batería-contrabajo nos llevan a un estado de euforia contenida, a una exaltación sin límite contorneada por este acorde convertido en melodía que se torna ahora en versos, cantilaciones, un ostinato enardecedor, un mantra, una repetición hipnotizante.

La exaltación tiene forma de notas subrayadas de la misma manera que Ana Pavlova inclina el tronco para que de su pierna izquierda levantada nazca el vuelo de una grulla y de su mano izquierda a lo alto escape un mirlo que repite la célula motivica de Lenny Bernstein: *somewhere, somewhere, somewhere...*

El contrabajo levanta entonces vuelo zenital: sus minutos solistas son una dulce eternidad que se alarga aun más en las teclas del meridiano del piano, enfrascado ahora en un juego de abalorios de ascenso y recoveco, de vaivén marino, de ortho y declinación de un arcoíris.

Si observamos con detenimiento, el acorde ya no es melodía: le salieron alas en la espalda y nos sobrevuela, su mirada en la nuestra y nos mece, pone gotitas de agua en nuestra frente y el agua danza, danza, danza.

De manera que lo que era conocido hasta el momento como el arte de la improvisación pianística, el señor que activa el teclado lo ha llevado a los confines de la magia, hacia el territorio de lo sagrado, al espacio donde ocurren todos los prodigios, como esta transfiguración que ocurre frente a nuestros ojos, junto a nuestros oídos y sus arpeggios, requiebros y armonías se juntan para armonizarse con el latido de nuestro corazón, que está sereno.

La vista, el oído. El corazón. Los elementos naturales de la poética en Keith Jarrett tienen fundamentos sólidos, influencias nutricias, como el estilo pianístico de Paul Blay y la poesía de Robert Bly: “cuando escuchamos, el oído participa, y junta a las parejas; y el ojo ya ha hecho el amor con todo lo que ve; el ojo sabe del placer, se deleita en un cuerpo femenino; el ojo escucha las palabras que hablan de todo eso. Cuando el escuchar toma lugar, las áreas de carácter cambian, pero cuando ves escuchas, y

cambian las áreas internas. Cuando el oído recibe delicadeza, se convierte en un ojo. Pero si el sonido no aproxima el oído hacia el corazón, entonces nada acontece, todo es vano”.

La poesía de Robert Bly inspiró a Keith Jarrett de manera directa en la creación del disco *Invocations/The Moth and the Flame*, álbum doble, el primero de los cuales donde acciona el órgano monumental del convento benedictino de Ottobeuren, en Alemania: una suite prácticamente sinfónica por sus alcances sonoros estructurada en siete movimientos, cuyos títulos son también explícitos: *mirages, realities, power, resolve, shock, scatter, recognition, celebration...*

Es la noche del 29 de noviembre de 1992: Ciudad de México, Sala Nezahualcóyotl: Keith Jarrett hace historia: está sentado frente al piano solo, solito y su alma: cantan las teclas y gutura el pianista en dúos estremecidos.

Los gemidos, guturaciones, cuasi alaridos canturreos de Keith Jarrett, mientras inventa el mundo en piano, se distinguen de los gemidos, guturaciones, cuasi alaridos canturreos que hace Glenn Gould mientras presenta al mundo a Bach, en cuanto hay un estallido estacional, una manera de hendir los picos de las suelas de las botas de escalar montañas, para aspirar más alto, más fuerte, más hermosos.

Ambos, Keith Jarrett y Glenn Gould, cuando gimen sobre el piano dulcemente nos están indicando que las llamas de la hoguera de la pasión los engullen, devoran, regurgitan y lanzan al espacio sideral.

Así la noche del 29 de noviembre de 1992 en la Sala Nezahualcóyotl de la UNAM, Keith Jarrett asciende, desciende, vuela, retorna al banquillo del piano y cae, suave copo de nieve, mientras hace sonar una tierna, delicada melodía apenas insinuada entre los pliegues de una célula motívica semejante a los olanes de la falda de una doncella que juega en la orilla del mar a que las olas se convierten en olanes.

Suena, calurosa, una música orgánicamente conectada con la tierra que pisa este artífice, por encima de la caja acústica de la Sala Nezahualcóyotl, cimbrada hasta sus cimientos, electrificada con estos aires caldos, calientes, cálidos, Caribe, ecos de una escultura en movimiento continuo, imperturbable, mientras se dibuja el largo aliento de una sarabanda, un blues auriga tirada por arcángeles.

Y el pianista detiene el silencio en lo más alto, en lo más hondo, en lo más bello. Y regala, luego de 40 minutos de improvisación químicamente pura, dos, tres instantes más de música gloriosa y termina su concierto en la Sala Nezahualcóyotl de la misma manera como terminó hace pocos meses su Concierto en París, Salle Pleyel: con un blues, con el mismo viejo blues del alma.

Estamos ahora, la noche del 22 de noviembre de ese mismo 1992, la noche del Día de Santa Cecilia, patrona de los músicos, en el Palacio de Bellas Artes:

Desliza una, dos, enésima tersa sucesión de notas primeras, piedra de toque, un racimo-cimiento-simiente-gineceo magnífico. Génesis. Está en la parte media del teclado, anima la herencia del romanticismo, irradia una chispa impresionista.

Construye lenta, grave, majestuosa flama, que crece inexorable hacia la hoguera.

Es Keith Jarrett.

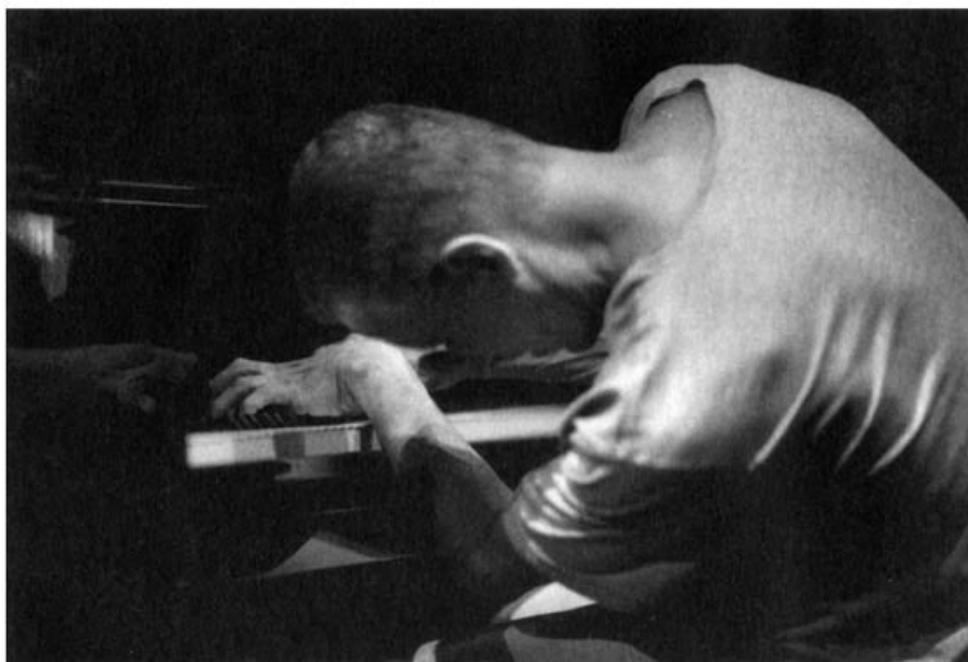
Tiene dos orquestas sinfónicas, una en cada mano.

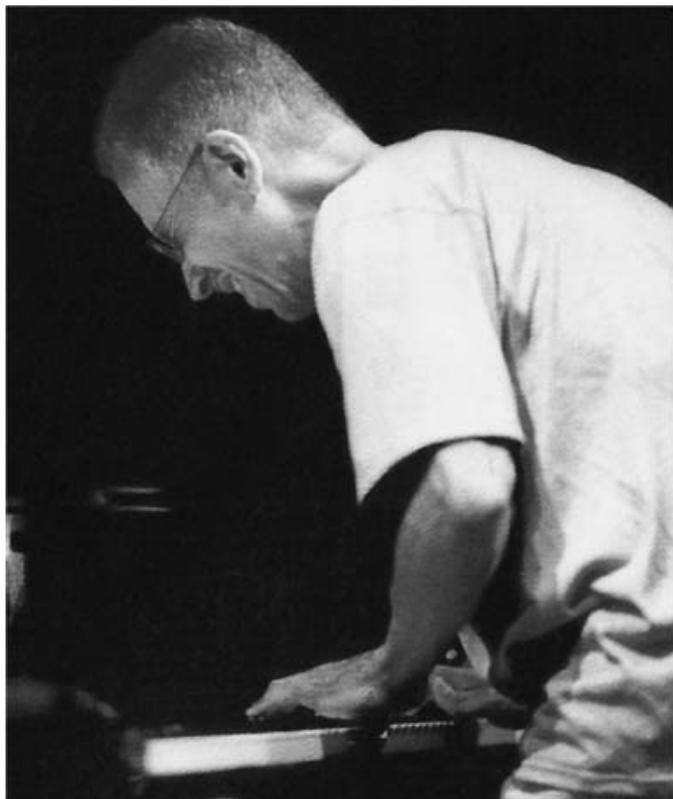
La izquierda vuelca huracanes, trombas, tornados, que contrasta, mano derecha, con leves matices imaginistas.

Ya está el alma en vilo, suspendida, levitando, meditando. Gira. Hoguera. Gime.



Keith Jarrett, Perugia, Umbria, 2001





KEITH JARRETT  
THE KÖLN CONCERT



ECM

Gemir de ciervo enamorado. Retoza el corazón en un arrebatado de elefantes los dígitos derechos a lo largo del teclado, estampada, una respiración de clepsidras en el aire suspendidas, los dígitos izquierdos.

Se eleva del banquillo, zenital, alza el cuerpo, se arquea sobre el teclado, se ayunta, se arrima, se arrebujada y estalla el primero de los innúmeros orgasmos de esta noche en que sucede el primero de los dos catedralicios conciertos en México de uno de los hacedores de la invención pianística pura, el alquímico recuperador del oro sumergido en el río, desde una mera, simple y llana estructura de corcheas.

Ahora está el pianista sobre la parte grave del teclado, bajo vientre, y el viento suena y se arquea y suben los dedos del pianista hacia el plexo solar del piano, del pubis hacia los senos, del alfa hacia el omega, del edén al paraíso.

Ahora está el pianista en la parte más delicada del teclado, en la caricia más profunda, en la más profunda piel. Un latido en un río de latidos.

Cae una nota, una gota de agua, una gota de noche. Gotea. Nochea, infinitesimalmente llueven, pacen, pacentan, una música placenta, una grandiosa música de noche. Nocturna llama.

Ahora está el pianista en la parte aguda del teclado, y entonces se derrama entero, se unta, se despliega una cascada erizada de diamantes. Lo sublime suena fragante, flota, flota. Flota. Fluye lo sublime por las venas. Brazos péndulos.

Han transcurrido 72 minutos desde que el pianista se sentó a meditar, a construir una catedral. Se ha transfigurado.

¿Cuál es el secreto de Keith Jarrett? ¿Cuál su pase mágico, su *passe-partout*, su abra-cadabra?

El hipnótico rasgueo de su mano izquierda, que contiene las bases de las armonías que giran en lo subterráneo del disco *The Köln Concert*. Mientras, su mano derecha articula pulsaciones regulares que persiguen como sombras a las variaciones métricas que inventa el demiurgo.

Construye así, o más bien libera, oleadas de lirismo incandescente, pausas reflexivas, exploratorias e inclusive largos silencios. El efecto es devastador: una intensa dramaturgia, una glosa de las tragedias de Shakespeare pero sin derramar una sola gota de sangre; una conversión de los nueve círculos de Dante a igual número de círculos pero celestiales, una versión en sonidos de *El Jardín de las Delicias*, de El Bosco, pero ahora el lienzo poblado de seres dulces, delicados y sonrientes.

Se turnan en sus manos cánticos: gospel, soul, blues. Resbalan de las yemas de sus dedos arcángeles. Entre el intersticio que hay desde la palma de la mano hasta la punta del dedo medio, se desliza la nave marina que describe Ulises frente a la isla de las sirenas, sólo que aquí nadie lleva sellados los oídos con cera: ese canto no es mortífero. Vivifica.

El demiurgo expone con claridad y sencillez las ideas más extravagantes, los enunciados más intrincados, los versos más elaborados. Ahora su secreto es mayor, a veces: una sensibilidad exquisita, una vocación innata de acercarse, contrario a todo tropismo, al centro mismo de la hoguera. La pasión, esa hoguera con sonido atronador y mágico, por lo tanto dulce y delicado.

Así, dulce y delicado, el tema de Lenny Bernstein, *Somewhere*, nos devuelve al mandala del *track* cuatro del disco celebratorio de Keith Jarrett. Al eterno retorno: al mismísimo espíritu de la música.

¿Qué es el espíritu de la música? La sonrisa de quien amas, el rocío matutino en los pétalos de una flor, el vuelo de un colibrí, la magia, el misterio, el conocimiento más profundo de nuestro más profundo ser. Eso suena en el disco *Somewhere* de Keith Jarrett.

¡Ah, cuán bello es el espíritu de la música! **U**